

VIII

cerla fácilmente los profesores, pues el objeto de estos diálogos no es ni puede ser el que se sigan sus formas al pie de la letra, sino que en ellos se inspire al maestro para dar el carácter socrático á la enseñanza moral, haciendo en seguida leer á sus alumnos los diálogos respectivos, para afirmarlos en los principios morales y, á la vez, como ejercicio de lectura.

R. Manterola.

DIALOGOS SOCRÁTICOS

SOBRE MORAL

POR A. VESSIOT.

DIALOGO 1º

LA CONCIENCIA.

La satisfacción moral y el remordimiento.

—Amigos míos, cuando vdes. han sido perezosos ó indóciles, cuando han hecho enojar á sus padres ó á sus maestros, ¿están satisfechos de sí mismos?

—No, señor.

—¿No sienten una especie de descontento, de malestar interior?

—Sí, señor, es verdad.

—Y si por desgracia, cometen alguna falta gra-

ve, por ejemplo, si dicen mentiras, si lastiman ó golpean á algún compañero; el descontento que experimentan ¿no se convierte hasta en verdadero sufrimiento?

—Sí, señor.

—¿Saben vdes. cómo se llama este sufrimiento?

—Se llama remordimiento.

—Y bien; el remordimiento es más penetrante á medida que la falta es más grave. Si al contrario, han sido laboriosos y dóciles; si sus padres y maestros están contentos de vdes. ¿no están también vdes. satisfechos de sí mismos?

—Sin duda, señor.

—¿No experimentan entonces una especie de satisfacción interior?

—Sí, señor.

—Y si han ejecutado alguna buena acción; si por ejemplo, han sacrificado sus pequeñas economías para socorrer á algún desgraciado, si han expuesto su vida por salvar á alguno de un peligro que le amenazaba, ¿esta satisfacción no llega hasta el placer, hasta el más puro goce?

—Ciertamente, señor.

—Y esta alegría es tanto más dulce y más viva cuanto que la acción ha sido mejor y más bella. Así es que según que nuestra conducta es buena ó mala, estamos contentos ó descontentos de nosotros mismos, experimentamos una especie de bienestar ó malestar interior; y si hemos ejecutado algún acto de virtud, de abnegación, ó si hemos cometido algu-

na mala acción, algún crimen, ese bienestar se convierte en goce exquisito, ó el malestar en sufrimiento cruel, en suplicio; el suplicio del remordimiento. Este sufrimiento ¿es un sufrimiento físico, como el dolor de cabeza ó el dolor de muelas?

—No, señor; es diferente.

—¿Es entonces sufrimiento del alma?

—Sí, señor.

—Y el placer de haber hecho una buena acción, ¿es un placer de los sentidos, como el beber, el comer, por ejemplo?

—No, señor; esos dos placeres no tienen nada de común.

—Es también un goce del alma; ¿pero todos los sufrimientos y goces del alma se parecen á la satisfacción moral y al remordimiento? ¿Son todos de la misma naturaleza? ¿El dolor que nos causa la muerte de una persona querida se parece al remordimiento?

—No, señor.

—Es también dolor del alma, pero de distinto género. ¿De qué nace esta diferencia?

—De que no tenemos la culpa si perdemos una persona querida y sí la tenemos si obramos mal.

—Bien; la muerte es una desgracia; no una mala acción. Lo mismo si nos sucede una cosa feliz, si por ejemplo, nos sacamos la lotería ¿el placer que experimentamos se parece á la satisfacción moral?

—No, señor; porque no depende de nosotros el ganarla.

—En efecto; es una fortuna y la fortuna no es una buena acción; ésta depende de nosotros, la otra es independiente de nuestra voluntad. Así, el remordimiento y la satisfacción moral son sufrimientos y goces de género aparte; tienen un carácter particular porque no son efectos de la casualidad sino consecuencias de nuestra conducta. ¿Quién nos hace experimentar esos goces y esos sufrimientos?

—La conciencia.

—Sí, es la conciencia; ella es en nosotros como un juez invisible que cada vez que obramos, da en seguida su fallo; nos absuelve ó nos condena, nos recompensa ó nos castiga. ¿No han oído vdes. decir alguna vez hablando de fulano ó mengano, *no tiene la conciencia tranquila?*

—Sí, señor; muchas veces.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que ha hecho algo malo, que tiene remordimientos.

—Bien, vdes. mismos ¿no han dicho nunca: *Tengo la conciencia tranquila, ó mi conciencia no me reprocha nada?*

—Sí, señor; más de una vez.

—¿Qué quieren decir con eso?

—Que no hemos hecho nada malo.

—En efecto, hablando de los que se conducen bien, se dice comunmente: *tiene una buena conciencia*; y de los que se conducen mal, *tiene una mala conciencia*; y según que su conciencia es buena ó mala, los hombres parecen contentos ó descontentos,

alegres ó tristes; tienen el rostro franco ó sombrío, el aire tranquilo ó inquieto, porque ese es el resultado de la buena ó la mala conducta; así la paz ó la turbación de nuestra conciencia es lo que hace nuestra felicidad ó nuestra desgracia. ¿Pero no han oído vdes. decir con frecuencia: *fulano no tiene la conciencia delicada*, ó al contrario: *tiene la conciencia escrupulosa?*

—Sí, señor; eso se dice con frecuencia.

—¿Qué significa eso? ¿La conciencia no es la misma entre todos los hombres?

—No siempre.

—La conciencia es como las demás facultades, como la razón por ejemplo; todos los hombres tienen razón, pero no es igual en todos: hay diferentes grados que dependen de la naturaleza, de la edad, de la educación y de la conducta. ¿Un niño puede tener la razón tan sólida y madura como un hombre formado?

—No, señor; no es posible.

—Y el que no cultiva su razón puede tenerla como el que la ejercita sin cesar?

—No, señor.

—Así la conciencia no es igualmente sensible entre todos los hombres; pero por la educación, por la conducta sobre todo, puede perder ó ganar en delicadeza. Mientras más virtuoso es uno, la conciencia se hace más escrupulosa y más nos hace sentir nuestras faltas y nuestros méritos; por el contrario, mientras más mal se conduce uno, la conciencia se hace indiferente, se endurece de tal modo que las

gentes que se habitúan al mal, al vicio, al desorden, al crimen, acaban por no sentir ya remordimientos, y se dice que *no tienen conciencia*. Es como si dijéramos que no son ya hombres; porque la conciencia es la facultad que más nos distingue de los animales.

Resumen de la lección.

—Cuando se conduce uno mal, se está descontento de sí, se experimenta una especie de malestar interior; y si se cometen faltas graves, alguna mala acción, no es solamente descontento lo que experimentamos sino un sufrimiento vivo é incisivo que se llama el remordimiento.

—Al contrario, cuando se conduce uno bien, se está contento de sí, se experimenta una especie de bienestar interior de satisfacción íntima; y si se ha hecho algo muy bueno, alguna bella acción, si se ha ejecutado algún acto de virtud, de abnegación, entonces no es solamente bienestar lo que experimentamos sino una alegría pura y exquisita.

—¿De qué naturaleza son este sufrimiento y esta alegría? ¿Son consecuencia de nuestros actos? ¿Se parecen al dolor físico y al placer de los sentidos?

—De ninguna manera; son sufrimientos y goces del alma. Pero todos los goces y los dolores del alma no se parecen á la satisfacción moral y al remordimiento. Los que nos causan los acontecimien-

tos felices ó desgraciados, como la llegada de un amigo largo tiempo esperado, la pérdida de un pariente, no tienen el mismo carácter porque las causas son de naturaleza diferente; las felicidades y las desgracias no son acciones buenas ó malas, son efectos de la casualidad ó de voluntades extrañas á la nuestra; no son consecuencias de nuestra conducta.

—¿Cuál es el poder que nos hace experimentar esas alegrías y esos sufrimientos morales de un género tan particular?

—Es la conciencia: ella reside en nosotros como un juez invisible, y da á cada una de nuestras acciones su juicio; nos censura ó nos alaba, nos castiga ó nos recompensa.

—Decir de un hombre que *tiene buena conciencia*, que está *en paz su conciencia*, que *su conciencia no le reprocha nada*, etc., es decir que obedece á su conciencia y que se conduce bien. Al contrario, hablando de un hombre que se conduce mal, se dice: *tiene mala conciencia*, *no tiene la conciencia recta*, *tranquila*, *tiene la conciencia cargada*, etc.

—En todos los hombres la conciencia es la misma, es decir, que juzga su conducta y la remunera de la misma manera; pero entre las conciencias si no hay diferencia de naturaleza, la hay de grados. La de un niño no puede estar tan desarrollada como la de un hombre; la del ignorante es de ordinario menos clara que la del hombre instruído. El medio en que se vive, las costumbres públicas influyen también en el desarrollo de la conciencia; pero de

nuestra conducta sobre todo es de lo que ella se resiente.

—Una buena conducta hace la conciencia más y más delicada; al contrario, una mala conducta la hace menos y menos escrupulosa. Cuando se habituó uno al vicio, la conciencia se embota, se endurece, acaba por hacerse indiferente al mal y no nos hace sentir remordimiento. Cuando un hombre ha llegado á ese estado se dice que *no tiene conciencia*; es como si dijéramos que ha perdido la cualidad de ser hombre; porque la conciencia es lo que más nos distingue de los animales.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La conciencia es un juez invisible que reside en nosotros, y nos absuelve ó nos condena.
2. Los otros jueces pueden equivocarse; la conciencia es infalible.
3. Se escapa á la justicia; á la conciencia nunca se escapa.
4. No hay peor sufrimiento que el remordimiento, porque nos obliga á pensar sin cesar en nuestras faltas; no hay más dulce recompensa que la satisfacción moral, porque nos recuerda nuestras buenas acciones.

5. No es el juicio de los otros lo que debemos temer más; sino el de nuestra conciencia.

6. Una buena conciencia endulza las penas; una mala conciencia envenena todos los placeres.

DIALOGO 2º

LA CONCIENCIA.

Cómo nos alumbra y nos dirige. — La voz de la conciencia.

—Hemos visto que la conciencia nos castiga cuando obramos mal y nos recompensa cuando obramos bien. ¿Pero no hay algún medio para evitar ese castigo y procurar esta recompensa?

—Sí, señor, es huir del mal y practicar el bien.

—¿Pero para evitar el mal y practicar el bien no será necesario que podamos distinguir el uno del otro?

—Sin duda, señor.

—¿Sería justo castigar ó recompensar al que hiciera el bien ó el mal sin saberlo?

—No, señor.

—En efecto; tiene mérito el que hace el bien á sabiendas; de la misma manera es culpable el que hace el mal con conocimiento de causa. ¿No sabeis distinguir el bien del mal? ¿Cuando vais á hacer al-

guna cosa no veis al instante mismo si la acción es buena ó mala?

—Ciertamente, señor.

—Si, por ejemplo, os veis incitado á *pintar venado ó ir á merodear*, ¿no comprendéis al mismo tiempo que eso es malo?

—Oh! seguramente, señor.

—¿Y si al contrario viendo que se aproxima la hora pensais en iros á la escuela; ó si en el camino á la vista de un desgraciado se os ocurre darle una limosna, no comprendéis al momento que eso es bueno?

—Sí, señor, ciertamente.

—Así desde que la idea de una acción se representa á nuestro espíritu, esta acción nos parece al momento, buena ó mala, es decir, tal cual es. ¿Os es muy difícil distinguir lo blanco de lo negro, y el carbón de la nieve?

—No, señor.

—Y si os hiciese la pregunta siguiente: ¿robar, matar, es bueno ó malo? ¿Os sería muy difícil responder?

—No, señor; tampoco.

—Así, antes de obrar sabemos cuál es el carácter de la acción que hemos concebido, de suerte que podemos decidir con pleno conocimiento de causa. ¿Y cuál es la facultad que nos enseña la naturaleza de los actos y nos hace distinguir el bien del mal? ¿No es también la conciencia?

—Sí señor.

—No es esto todo; la conciencia nos presta aún otro servicio. ¿Decidme, no habla antes que nosotros? ¿no tiene una voz?

—Sí, señor.

—¿Esta voz no la habeis oído jamás?

—¡Oh! ciertamente, señor.

—¿Y sólo se contenta con decirnos: *Esto es bueno, eso malo?* ¿No habla de otra manera?

—Sí, señor nos aconseja que practiquemos el bien y huyamos del mal.

—¡Oh! me parece que nos da más que consejos. Véamos; la gramática os ha enseñado, qué es verbo y cómo se conjuga. ¿El verbo no tiene más que un solo modo?

—No, señor tiene varios modos: el indicativo, el subjuntivo, el imperativo.

—Y bien; la conciencia habla siempre en el modo indicativo ó subjuntivo? ¿Se atiene á simples indicaciones ó aun á consejos.

—No, señor nos da órdenes.

—En buena hora; toma el tono de mando, habla en el modo imperativo "*Haced esto*, nos dice, *yo os lo ordeno*," ó "*no hagais esto, yo os lo prohibo*." ¿De dónde le viene pues esta autoridad, con la cual nos habla? ¿Cuál es pues esta voz que constantemente nos advierte, nos manda y nos juzga? ¿Es la nuestra?

—Sí señor.

—Reflexionad. Ella habla en nosotros; ¿pero nosotros hablamos por ella? ¿es nuestra voluntad la que expresa?

—¡Ah! eso no señor.

—¿Si esta voz fuera la nuestra, no podíamos hacerla decir todo lo que nos gusta, hacerla hablar á nuestra fantasía, según nuestros deseos?

—Evidentemente, señor.

—Y bien, ¿es así y la conciencia está á nuestras órdenes? ¿Habla conforme á nuestros caprichos?

—¡Oh! no señor.

—¿Podemos hacerle decir lo contrario de lo que dice?

—Es imposible.

—Ensayad por ejemplo, hacerle decir que la ingratitud es una virtud, que se debe uno mostraringrato hacia sus padres, hacia sus maestros; que los ingratos merecen recompensa.

—No lo dirá jamás.

—¿Podemos al menos evitar que nos juzgue; escapar á sus reproches?

—No, señor.

—Si no está en nuestro poder reducirla al silencio, ¿no es al menos permitido sustraernos de los remordimientos?

—Tampoco.

—Lo haríamos sin embargo si eso dependiera de nosotros. ¿Así nada podemos sobre la conciencia; muy lejos de que ella esté á nuestras órdenes tiene por misión conducirnos, alumbrar nuestra inteligencia, gobernar nuestra voluntad, recompensarnos según nuestros méritos. Creéis que habla de otra manera á nuestros semejantes que á nosotros mismos?

—No, señor habla á todos los hombres de la misma manera.

—Tiene para todos el mismo lenguaje; ordena ó prohíbe á los unos lo que ordena y prohíbe á los otros. Las órdenes que os dan vuestros maestros ¿no están acordes con las de vuestra conciencia?

—Sí, señor.

—Es que ellos también oyen la misma voz que ois y os hablan en su nombre. Y si por casualidad y por desgracia alguno viene á daros órdenes contrarias á las de vuestra conciencia ¿á quién pensais que debéis obedecer?

—A la conciencia.

—Bien, el que tiene la aprobación de la conciencia ese es el que está en buen camino, goza del más precioso de los bienes que es la paz del alma. La conciencia no está pues bajo nuestra dependencia; no expresa nuestra voluntad cambiante y caprichosa, sino una voluntad más alta, una voluntad inmutable; es el poder soberano que gobierna el mundo, es á Dios mismo á quien interpreta; Dios nos hace conocer nuestros deberes por ella. Es necesario pues oír esta voz, escucharla con recogimiento, con respeto; antes de obrar es necesario entrar en nosotros y estar en silencio para oirla mejor; y cuando hayamos tenido la desgracia de obrar mal, es necesario escuchar sus reproches y aceptar sus sentencias en lugar de aturdirnos para no oirla y para no sentir el aguijón del remordimiento.

Resumen de la lección.

—Nosotros sabemos que la conciencia nos recompensa ó nos castiga según que hayamos obrado bien ó mal; un castigo es tanto más justo cuanto se hace el mal á sabiendas, y una recompensa tiene más mérito cuanto se hace el bien voluntariamente. Así, antes de que obremos, la conciencia, que es la justicia misma, comienza por hacernos distinguir el bien del mal, nos alumbra y nos advierte. Desde que la idea de una acción se presenta á nuestro espíritu, en el mismo instante esta acción nos parece como buena ó mala, de suerte que sabemos á qué atenernos y podemos decidirnos con pleno conocimiento de causa.

—Pero la conciencia no se limita á instruirnos, no se contenta con decirnos *Esto es bueno, eso es malo*; añade: *haced esto, no hagais eso*; estas no son indicaciones solamente, ni reglas que nos da, ni aun consejos más ó menos incisivos, son órdenes formales: “Haced esto; no hagais eso:” ordena, prohíbe.

—¿Quién de nosotros no ha oído esta voz grave y severa que alternativamente nos instruye, nos dirige, y nos juzga, nos da consejos, órdenes y nos dirige reproches?

—¿Cuál es esta voz? ¿Es la nuestra? No porque si fuera la nuestra podríamos hacerla hablar con arreglo á nuestros deseos; podríamos hacerla callar

cuando nos importuna y nos manda. O cuando nos educa trataríamos en vano de hacerle decir lo contrario de lo que dice ó reducirla al silencio. Ella no está á nuestras órdenes, no nos obedece, nos manda; no está al servicio de nuestra voluntad: al contrario tiene por misión alumbrarnos y conducirnos. Habla á todos los hombres y para todos tiene el mismo lenguaje; lo que ordena ó prohíbe á los unos lo ordena y prohíbe á los otros; gracias á ella los hombres tienen una moral común, la misma regla para su conducta y los mismos fundamentos para sus leyes. Tan grande es su autoridad que si se llega á darnos órdenes contrarias á las suyas, es á ella á quien nos sentimos tentados de obedecer; tan grande es el premio de su aprobación que cualquiera que tenga la conciencia satisfecha puede pasarse sin la aprobación de los hombres y vive en paz consigo mismo.

—La voz de la conciencia no es pues la nuestra puesto que no podemos nada sobre ella, puesto que habla á todos nuestros semejantes como á nosotros mismos y puesto que ninguna autoridad está arriba de la suya y nada puede prevalecer contra ella.

—No es la expresión de una voluntad cambiante como la nuestra; sino de una voluntad inmutable y soberana; es intérprete de la voluntad divina que se sirve de ella para hacernos conocer nuestros deberes. Es necesario escucharla con respeto, con recogimiento y con sumisión; es necesario escucharla antes de obrar para seguir sus órdenes y si se ha tenido la desgracia de quebrantarlas, es necesario es-

cuehar sus reproches y aprovecharlos en lugar de aturdirse para no oírlos y para sustraerse á un castigo merecido.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS.

1. La razón nos hace distinguir lo verdadero de lo falso; la conciencia, lo bueno de lo malo.
 2. La conciencia hace más que ilustrarnos, nos dirige; á sus advertencias añade órdenes, á las órdenes sentencias.
 3. La conciencia es á la vez un guía, un amo, un juez.
 4. No podemos huir de ella porque la llevamos con nosotros.
 5. No podemos reducirla al silencio porque manda y no obedece.
 6. En vano por no oírla se busca aturdirse; esta voz de dentro domina todos los ruidos de afuera.
 7. Ninguna autoridad está sobre ella; manda á los amos como á los esclavos, á los reyes como á los súbditos.
 8. Ella no es la expresión de nuestra voluntad cambiante, pero es el intérprete de la voluntad inmutable y soberana; sus órdenes son nuestros deberes.
-

DIÁLOGO 3º

DE LA LIBERTAD MORAL.

—Cuando cumplimos con nuestro deber, la conciencia nos aprueba; pero, ¿acaso nuestros semejantes nos desaprueban?

—No, señor; al contrario.

—Su juicio pues camina de acuerdo con el de nuestra propia conciencia; como ella, censuran, condenan las malas acciones, las juzgan dignas de castigo: como ella también, elogian las buenas y las juzgan dignas de recompensa. Pero qué, ¿nuestras acciones buenas ó malas no provocan mas que juicios? ¿Se limita uno á aprobar á los buenos y á censurar á los malos? ¿No se experimentan ciertos sentimientos hacia ellos?

—Sí, señor; sentimientos de estimación ó de desprecio.

—Y también sentimientos de amor ó de odio. ¿Las bellas acciones no inspiran la admiración y el entusiasmo?

—Sí señor.

—¿Y los crímenes?

—Inspiran la indignación y el horror.

—Así es que, por una parte se alaba, se ama, se admira, se recompensa el bien; por otra se censura, se condena, se odia, se aborrece, se castiga el mal.